



Desfile de la guardia colonial

EL PALACIO CENTRAL DE LAS COLONIAS

El Palacio central de las Colonias se levanta en la Explanada de los Inválidos por el lado de la calle Constantina y en la parte situada entre las calles de Santo Domingo y de la Universidad. Tiene 65 metros de longitud por 18 de latitud y es una construcción de madera sobre un basamento de ladrillos; pero la cúpula central en razón de su grande altura y para mayor seguridad fué provista de un armazón de hierro. Se dice que el arquitecto, M. Sauvestre, que es hombre muy competente, ha inventado un estilo que caracteriza igualmente todas las colonias y lo recuerda todo sin inspirarse precisamente en nada. Es muy sencillo. Hay tantas cúpulas grandes y pequeñas, tantas protuberancias, torretas y pararrayos...

La Exposición universal ha hecho nacer en nuestros colegios de señoritas una costumbre interesante. El jueves de cada semana las amables alumnas de las clases superiores salen á pasear por las secciones á expensas del Estado y bajo la experta dirección de una maestra de estudios; y no se exige de ellas otro testimonio de reconocimiento que la redacción de algunas páginas donde hagan constar los hechos observados y las impresiones recibidas. Una casualidad ha hecho llegar á nuestras manos una de estas reseñas, y la insertamos con mucho gusto, sin retocar siquiera su ortografía.

Nota de la edición francesa.

El conjunto está pintado de colores vivos «al gusto colonial,» dominando el rojo, menos en lo alto de las cúpulas imbricadas de tejas verdes. De esto resulta para nuestra vista una impresión un poco fuerte; pero es cuestión de hábito. La misma impresión tuve el día en que me puse por primera vez mi corsé rojo y hoy me gusta ya y no lo encuentro de gusto colonial.

Hemos pasado antes de entrar un puentecito de piedra ornamentado con animales fantásticos; había bajo el puente un estanque y en el estanque unos barquichuelos.

Un tirador anamita estaba de pie en el umbral de la puerta de entrada haciendo la centinela. Al pasar nos ha mirado con cierta sorpresa. ¿Es que no hay colegios de señoritas en su país ó no hay Exposición universal ó no es costumbre llevar á las colegialas á las Exposiciones universales?

Interiormente, el palacio de las Colonias se compone de una sala central coronada por una cúpula de plano cuadrado, de treinta metros de altura, y de otras dos salas en cuyos ángulos unas graciosas escaleras dan acceso á las galerías circulares del primer piso.

En el pabellón central recuerdo haber visto una colección de estatuas representando dioses indios unos, indo-chinos otros; pero imagino que todos provienen de la misma religión, porque todos revelan la misma expresión de bondad indolente y llena de indulgencia. La mayor parte de estas estatuas son doradas y representan figuras sentadas, de abultado abdomen de gruesas mejillas y de sonrisa que parece saber más de lo que nunca dirá. He visto, sin embargo, dos ó tres figuras de hombre, con cabeza de elefante, que podrían representar muy bien al diablo en aquella religión; con tal que sepa defenderse el buen dios soñoliento cuando esta mala figura la emprenda con él.

Olvidaba decir que una de estas grandes estatuas tiene hasta veinte brazos, pareciendo los más simples adornos; pero hay dos pares de perfecta naturalidad. Irma no ha dejado de pretender que gustaría de ver tantos brazos á causa del *pensum* que tiene que copiar.

Al rededor de este grupo de estatuas hay en sus vitrinas maderas incrustadas, lacas indo-chinas admirables, barquichuelos, instrumentos de pesca, de caza y de música, particularmente una especie de guitarra india, la *nagasaram*, palabra que en la India significa clarinete, y un magnífico contrabajo anamita. No me quitarán de la cabeza que era aquella enorme máquina de color de ladrillo que figuraba en la orquesta de *Esclarmonde* y hacía tanto ruido.

En el umbral del ala izquierda del palacio he visto dos pianos verticales, de una madera un poco más negra que la del piano del colegio. Creí que era una atención más por parte de la administración, que obsequiosamente hubiera puesto allí estos dos pianos para que nosotras tocáramos; pero la maestra nos ha dicho que estaba prohibido tocarlos y un rótulo que los dos instrumentos son de madera de *gabon*. ¡Si también hubieran sido las teclas de dientes de negro!...

Pero desde aquel momento no he tenido más anhelo que ver y admirar. Todo me atraía y todo lo comprendía sin el menor auxilio de la geografía. El pabellón del África occidental me ofrecía, entre bellas lanzas de jefes guerreros y pipas *yoloff*, una peineta *susu*, acaso demasiado grande para mi pelo, un *gris-gris*, que era un simple collar, y después ese precioso *tyro* con que las mujeres africanas se pintan los ojos, es decir sus órbitas.

Inmediatamente, en una vitrina, joyas de todas clases fabricadas en el Senegal, joyas de oro y de plata, de una ligereza tan delicada que no parecían sino de encaje flamenco. No he visto nunca un oro tan dorado y brillante. ¡Cómo deben atraer á nuestras be-



Al anochecer en la explanada de los Inválidos

las damas esos collares, esos brazaletes, que fabrica para ellas la pobre obrera senegalesa!...

Más lejos está la sección de serpientes: pieles alineadas al infinito, las unas rojas con dibujos negros, las otras de un color misterioso y atractivo, de un verde con reflejos sombríos. Y he aquí una de esas pieles trasformada en corsé, con plumas de pavo real en el recorte de las mangas; otra ha servido para hacer zapatillas, donde he leído: *Recuerdo de la Exposición*. ¿Es también un rasgo de la Providencia? ¿Tenía ya la desdichada serpiente en vida timbrada la piel con este rótulo?

Las telas en esta parte de la Exposición son bastante medianas, quiero decir iguales-poco más ó menos, á las que yo llevo: apenas me acuerdo de un gran gorro verde y rojo y de una especie de casquete de viaje, hecho de paja.

Pero allí es donde he encontrado esos sombreros y tocas de Taití, y otros objetos de paja, de paja de tacca, materias tan ligeras y blancas que hubiera pasado horas admirándolas,

Decididamente existen las Colonias para la parisiense. No hay dolencia ni indisposición, hasta la más ligera, que no procuren curar; y á buen seguro, no para sus indígenas produce un territorio africano el *Kakola*, el chocolate, las píldoras de *Kola-bah*, estimulante de una acción ligera y constante. Hasta los insectos han debido crearse para servirnos de modelos; hay especialmente un *goliath*, un grande escarabajo que nos enseña mejor que cualquier periódico de modas á llevar una admirable casaca gris, ajustada al talle con amplias fajas de terciopelo negro.

¿Y las estatuas de los negros del Congo, del Gabon, de Puerto Rico y del Senegal? ¿No las han labrado y pintado esas buenas gentes para divertirme? Figuras de músculos

salientes y sin embargo llenas de decencia y cubiertas con sombreros de copa alta de todas dimensiones. Hay una descubierta, la de un luchador, según creo, ó á lo menos, de uno que va á luchar, porque su cuerpo está forzado como un arco, y los dos clavos amarillos que le sirven de ojos acaban de acentuar su enérgica expresión.

Hay también una mujer con el pelo recogido en rodete lo mismo que el mío, y que reposa con indolencia, muy bien sentada en un escabel con las dos manos sobre el vientre. Las hay también pintadas y adornadas de incrustaciones.

La Martinica produce ron y diversas maderas muy curiosas, especialmente el *pana coco*, el *canari macaco* y el *copahu*; la Guayana tiene yacimientos de oro; la Reunión produce café, vainilla y azúcar de caña; Taití *manioc*; la Nueva Caledonia fabrica toda clase de objetos de nikel. He adquirido algunos de estos datos en el ala izquierda y otros en el ala derecha del palacio de las Colonias. En el ala derecha, sobre una exhibición de cafeteras, cubetas, etc., de nikel está simbólicamente colocado un busto de Víctor Hugo.

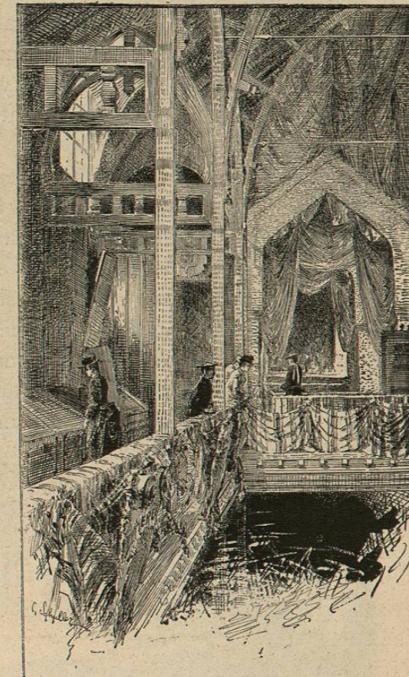
Muy cerca de allí está de manifiesto el plano de una bella casa que ha de construirse en el Gabon cubierta de tejas rojas, y sólo á propósito para alojar á dos empleados casados.

Las demás secciones se han esforzado en responder á todas las curiosidades, habiendo exhibido en sus instalaciones cadáveres de jefes tahitianos y cocodrilos disecados, pilones de azúcar y bales de arroz y de ruibarbo, al lado de los manguitos de piel de pingüino y de los casquetes de paja blanca.

Aquí todo está destinado á la sola curiosidad de la mujer y de los que conceden á la mujer el interés que merece. ¿Es una graciosa atención de los expositores? Yo creo que esto depende más bien de la naturaleza del país, que hay en esa misteriosa India algo verdaderamente femenino, un sentimiento más grande y más exclusivo, que en todo otro país, de nuestra valía y de la necesidad de agradarnos. En las paredes, en los techos, en los balcones de las galerías superiores, he visto las más prodigiosas telas de colores vivos y halagüeños, azules de una ligereza indecible y violados de un matiz divino.

El único inconveniente de estas telas vistas entre el olor del sándalo, es que no se encuentra una dispuesta á ver otra cosa, después de haberlas visto. Estoy cierta de que las galerías del primer piso me habrían interesado mucho más vivamente, si hubiéramos principiado por ellas nuestra visita.

Hay, sin embargo, una sala, donde el Estado ha dispnesto los más bellos productos de las Colonias: sedas, lacas, plumas, tapices de todas clases. Hay también una enorme



Interior del Palacio central de las Colonias

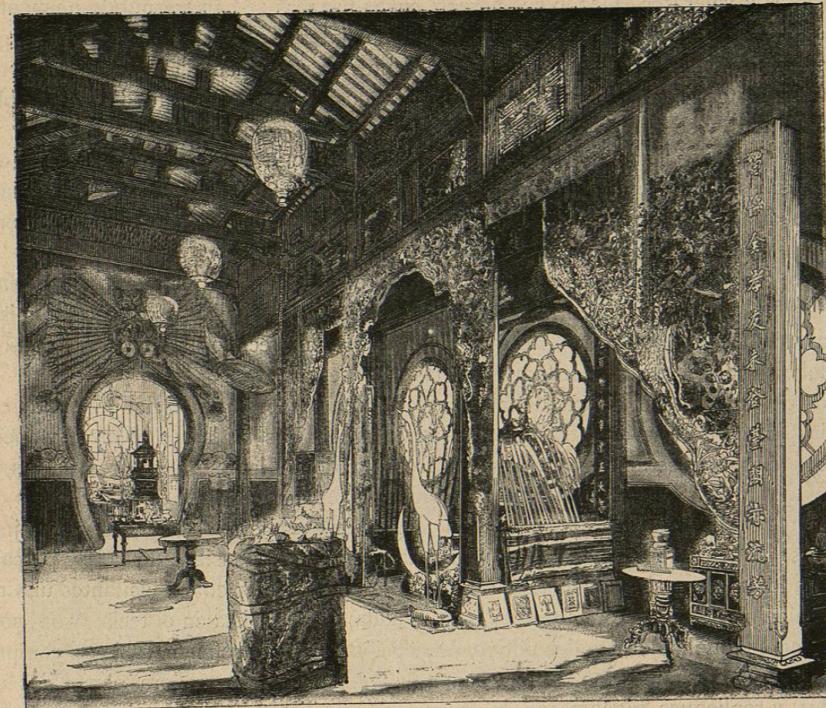
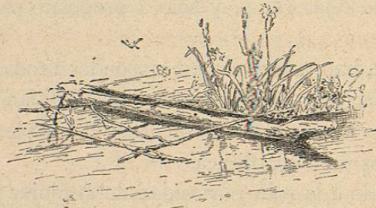
serpiente, un enorme gorilla negro que se parece á un viejo auvernés, y un horrible pajarraco, que por encima de un pico tamaño tiene un largo cuerno de color pardusco.

Los terlices y lanas de Tahiti me han parecido muy ordinarios; las armas caledonienses de la colección de M. Moriceau y los objetos tonquineses de la colección de Monseñor Puginier me han dejado únicamente el recuerdo de las cosas que convendría ver más despacio.

Se me va á censurar, como siempre, por no terminar mi disertación con algunas ideas generales. Es tarea superior á mis fuerzas: he buscado esas ideas y no he encontrado ninguna. Esta Exposición prueba la grandeza, la variedad, la fecundidad de las Colonias francesas. Pero de saber si es preciso deducir la necesidad de la *expansión colonial*, de que habla siempre papá, y si se puede encontrar una contestación á cierto argumento de los *presupuestivos*, de que habla también á menudo, no me siento capaz en este momento. El recuerdo de los manguitos, de los sombreros de las bellas telas amarillas y azules con sus dibujos tan variados, todo esto me impide levantarme á pensamientos más nobles. Para esto, acaso sería menester que yo me creyera Mma. Stael visitando esta Exposición, y francamente no tengo tantos alientos. Se me ha enseñado un retrato de esta ilustre dama: era fea y ceñía turbante. ¡Qué horror!

Por copia conforme.

T. de WIZEWA



Sala central del Palacio de la CochinChina

EL PALACIO DE LA COCHINCHINA

Las almas europeas, suponiendo que todos los europeos tengan alma, se pueden dividir en dos categorías, las viajeras y las sedentarias: las primeras comparan; las segundas evocan.

Las sedentarias, á fuerza de equiparar lo que están acostumbradas á ver, disminuyen y envilecen los placeres más nuevos. Por medio de la evocación, las viajeras exaltan y centuplican las sensaciones que produce un espectáculo no conocido... ¿No experimentáis á veces una dulce impresión, exenta de preocupaciones, ante ciertas intimidades descubiertas de pronto? Venid conmigo al Palacio de la CochinChina, que allí os esperan tal vez los recreos más imprevistos.

Observad por lo pronto que, en medio de todos los demás, se distingue por las líneas más caprichosas y las coloraciones más intensas. Entre el verde, el rojo y el amarillo muy vivos, el yeso presenta la blancura deslumbradora de la nieve; esta violencia de tonos es la que nos parece picante, y produce en la vista la misma impresión ácida que en el oído el clarín penetrante del Teatro Anamita.

Allí se ven siempre los mismos personajes, que parecen incrustados en la piedra, y que con sus miradas torvas, la crin de sus largas pelucas y el bermellón de sus mejillas, ofrecen un conjunto singular.

Sin embargo, no se les ha de tomar por salvajes, porque son verdaderos artistas.